

pálidas y sobrecogidas á cuantas vieron á la Condesa de Albornoz desplomarse sobre el reclinatorio, aniquilada como el grano de mijo que machaca la piedra de molino, mordiéndose las manos para contener, como con esfuerzo sobrehumano contruvo, los gritos, los sollozos, los alaridos de dolor que parecían hervirle en el pecho, sin llegar á reventarle por los labios.

Terminó el sermón, y siguióse luego, y terminó también aquel canto suavísimo, patético grito de pecador arrepentido: — ¡Perdón, oh Dios mío! — y la numerosa concurrencia desfiló por delante de Currita, sin que levantase ella la cabeza ni hiciera un movimiento, como si la vergüenza de su vida entera la tuviese allí sujeta, clavada, ante las miradas curiosas, compasivas y aún burlonas de sus antiguas rivales.

Quedó la capilla solitaria, y una religiosa lega que se deslizaba como una sombra, apagó las luces una á una, sin que la Condesa de Albornoz se moviese de su sitio ni diese muestras de vida. . . . Unos brazos la rodearon al fin en aquella soledad de que solo Dios era testigo, y una voz muy conmovida le dijo muy bajo:

— Currita, hija mía. . . — Abajo tengo mi coche. . . ¿Quieres que te lleve? . . .

Ella levantó la cabeza, y fijó en la que así hablaba una mirada hosca, medrosa, que no parecía tener conciencia de la realidad, y reflejaba como en dos vidrios profundos todos los asombros y todas las agonías. . . Reconoció al fin á la Marquesa de Villasis, y el rostro de la pecadora, rojo de vergüenza por primera vez en su vida, ocultóse en el casto pecho de la mujer fuerte, balbuceando entre sollozos:

— ¡Sí, sí! . . . — A donde no me vea nadie. . . A Chamartin con mi hija. . .

La niña no se sorprendió al verla. . . Había ofrecido aquella tarde, por aviso del P. Cifuentes, el sacrificio de su vida, y esperaba confiada y serena, como esperan las lágrimas del pecador los ángeles de la guarda. . .

IX

Se ha dicho que más cavila un pobre que cien abogados, y hay quien cavila más que cien pobres y cien abogados juntos: cualquier muchacho haragán, que se ve con un libro delante, clavado en un banco. En este caso se hallaba aquel día en el estudio del colegio de Guichon Alfonsito Telles Ponce, alias *Tapón*, piel del diablo, corazón de ángel, enredador como él solo, ídolo y tentación perpetua de sus compañeros, encanto y purgatorio eterno de sus maestros.

Sus propósitos no podían, sin embargo, ser aquella mañana mejores, ni sus intenciones más rectas: celebrábase al día siguiente el santo del P. Rector, con una jira de campo famosísima, allá en la playa de Biarritz, y el mísero Tapón, condenado por tres ó cuatro sentencias á recluimiento perpetuo, proponíase con un día entero de observancia completa, alcanzar el indulto general de sus condenas, y el sobreseimiento de las diez ó doce causas que por diversos atentados, conatos é infracciones de la ley, se le seguían ante el tribunal del P. Pretecto.

Levantóse, pues, de un salto al primer toque de la campana, lavóse sin derramar una gota de agua, y sin otro percance que el de meter un pie en el orinal y hacerlo añicos, sin intención deliberada, por supuesto, púsose en formación muy derecho, entró en la capilla y oyó Misa lo mismo que un San Luis Gonzaga.

Bueno iba aquello; mas al salir del sagrado recinto dióle un brinco el diablo en el cuerpo, y sin poderlo remediar tiró al compañero que marchaba delante en las ordenadas filas, del pañal de la camisa, que impudicamente le asomaba por debajo de la blusa. En la sala de estudio rezó el *acciones nostras* con devoción suma, sacudió un papirotazo á su vecino de la derecha, arrastrado por la fuerza de la costumbre, tiró al suelo los libros del de la izquierda, por una necesidad

casi de su temperamento, y abrió la tapa de su cajón con mucha formalidad.

Iba á ponerse á estudiar, y no de cualquiera manera ni cualquiera cosa: sus estudios de retórica habían ya terminado el año último, y acababa de asistir á la toma de Troya y á la fundación de Roma: había bebido con Horacio en las cascadas del Tiber, admirado á las abejas con Virgilio, salvado á la República con Cicerón, y alborotado en las plazas de Grecia con Demóstenes. Tocábale aquel año dedicarse á la sublime ciencia del cálculo, y había obtenido ya por orden de su profesor la medida del campanario del pueblo, con un error aproximado de dos kilómetros: aquel día, proponíase nada menos que determinar el radio de una esfera, y sacó con toda diligencia el libro de texto, la caja de compases y el blanco papel immaculado, en que había de desarrollarse el importante cálculo.

El P. Bonnet, inspector en el estudio, mirábale desde lo alto de la tribuna, asombrado de tanta laboriosidad, creyendo tener ante los ojos la conversión de San Agustín, ó el trueque de Saulo en Pablo.

Con un rápido movimiento del compás trazó Tapón una esfera limpia y correcta, como la luna en su plenilunio. ¡Magnífico!... Redonda era como el mundo... Parecía una carita... ¡Justo!... una carita... Igual, idéntica á la de Mme. Dous, la tendera que vendía pelotas en los portales de Bayona. ¡Qué casualidad!... Tapón marcó con mucha habilidad dos puntos para tomar los radios con que había de trazar dos arcos que se cortasen, y se afirmó en su creencia... Aquellos dos puntitos parecían, sin duda alguna, los ojos de Mme. Dous, redondos, pequeños, abiertos como con un punzón. El parecido era exacto: tan solo le faltaba el moñito en lo alto de la cabeza, y para que nada le faltase, pintó Tapón á la esfera un moñito en la parte superior; dibujóle luego unas narices en el punto en que debieron encontrarse los dos malogrados arcos, púsole por debajo una boca bigotuda, añadióle después dos orejas con pendientes, y en menos de un cuarto de hora encontró la cara de Mme. Dous, en vez de encontrar el radio de la esfera.

Satisfecho de su hallazgo, mostrólo á sus dos vecinos: una

mano aleve avanzó entonces por detrás, y arrancóle de las suyas la obra maestra. ¡Santo Dios!... Volvióse Tapón asustado, y encontróse frente á frente con el P. Bonnet. ¡Bonita ocasión para presentarle su petición de indulto!...

—¿Así prepara V. la clase, señor de... Tapón?...—dijo el ministro de la justicia con voz formidable.

Y el señor de Tapón, sobrecogido, pero con mucha dignidad, aseguró, puesta la mano sobre el pecho, que había sido una distracción, que lo había hecho sin poderlo remediar....

—Pues sin poderlo remediar se quedará usted hoy sin postres... y mañana, por supuesto, sin campo...

Tapón se echó á llorar acongojado, empujó por la izquierda el libro de texto, alejó de sí por la derecha la caja de compases, y apoyando la cabeza en ambas manos, quedóse absorto á través de sus lágrimas, en la contemplación del tintero de peltre que tenía delante. Una mosca paseaba por sus bordes, alargando de cuando en cuando la sutil trompilla, haciendo vibrar, al cruzarlas con las patas traseras, las pardas y transparentes alas. Parecía la mosca meditabunda, y ocurriosele á Tapón cazarla, para alivio de sus penas; mojose con saliva los extremos del pulgar y el índice, y alargó la mano suavemente: la incauta mosca saltó del tintero á la mano traicionera, dió una carrerita, y acercóse al fatal lazo. Tapón apretó entonces los dedos, y pillóla por las patas.... La mosca protestaba muy indignada, batiendo las alas con cierto zumbido lastimoso.

Presa en estrecho lazo
La codorniz sencilla,
Daba quejas al viento
Ya tarde arrepentida.

Tapón, inexorable, resolvió convertirla en ministro de sus venganzas; cogió un fino papel de seda, escribió en él:— ¡Muera el Padre Bonnet!—y retorciéndole muy bien una puntita, clavólo por detrás á la prisionera. Abrió luego la mano y la mosca echó á volar, ariastrando la larga cola, á modo de ave del paraíso.

El gozo de Tapón fué impondérable: había realizado la teoría de las *palomas mensajeras*. Puso manos á la obra, y

en menos de diez minutos revoloteaban por el estudio más de una docena de moscas, llevando de una á otra parte el grito subversivo de:—¡Muera el P. Bonnet!—La sedición prendió al punto por el amplio recinto, encontrando por todas partes imitadores y áun reformistas: uno puso en rojos papélicos:—¡Viva la libertad!—otro se adelantó á poner:—¡Abajo los jesuitas!—y un tercero, hijo de un emigrado, destrozó una caja de bombones, para estampar en ligero papel azul, el grito retrógado de:—¡Viva Carlos VII!.....

Aquello fué una manifestación general de simpatías personales é ideales políticos, y no hubo uno solo entre aquellos hombres de estado, capaces de regir el país de Liliput, que no manifestase sus opiniones, por medio de las nuevas palomas mensajeras. Tan solo Paco Luján, inclinado sobre su pupitre, aunque sin ocuparse mucho del libro que tenía delante, limitábase á seguir á veces con la vista el vuelo de las palomas mensajeras, sonriendo benévolutamente, pero sin tomar parte en el clandestino entretenimiento. A su espalda, un muchacho mayoreito, de frente estrecha, tipo malayo y rastrera expresión de envidia, que había tenido con él varias reyertas y sufrido más de una vez el empuje de sus poderosos puños, escribía con mucho disimulo en un trozo de papel de fumar, un largo letrero; púsole después, según el sistema-Tapón, á una mosca muy gorda, y mirando antes á todas partes con recelo, arrojóla á hurtadillas por encima de la cabeza de Paco: mantúvose la mosca un momento en el aire, y arrastrada por el peso del espurio rabo, posóse al fin en la espalda del chico que Luján tenía delante. Rióse éste al verla, y extendiendo la mano prontamente, cogióla por el papel; la mosca echó á volar dejando su molesto apéndice en manos del niño, y la pobre criatura, alborozado con la presa, púsose á leer el contenido de la misiva.... Mas su gozo desapareció de repente, tornándose lívido al descifrarla, dando una media vuelta en el asiento cual si le hubiesen aplicado un hierro candente, fijando una mirada de odio feróz, de rabia alborozado lanzaba al aire en aquel momento su décimo sexto clamor de:—¡Muera el P. Bonnet!—A espaldas de ambos, seguía el malayo con maligna curiosidad aquella muda esce-

na, que tenía á la vez mucho de infantil y de terrible.

Paco Luján volvió lentamente la cabeza hasta esconderla entre ambas manos como anonadado: clavóse en ella los agarrrotados dedos temblando de rabia, y dos lágrimas, dos lágrimas de esas que rara vez se derraman á los quince años, brotaron de sus ojos, y surcaron sus mejillas; la ira las secó al punto, como seca una gota de agua el simun del desierto... Había leído en aquel papel una grosera chocarrería en que se mezclaban el nombre de su madre y encubiertamente el de Jacobo, firmada por el hijo de aquel hombre odiado, el mismo Alfonsito Tellez, el inofensivo Tapón, el *diablillo de color de rosa*, como le llamaba el Rector del colegio, para expresar al mismo tiempo su sencillez de ángel y su travestura de diablo. ¡Qué golpe aquel tan inesperado y tan horrendo!.....

El niño, avezado á callar por el largo y silencioso sufrir de su corta vida, calló una vez más devorando su rencor y sus lágrimas, y una hora después, cuando la campana llamaba á los alumnos á clase, Paco Luján no dió señales de haberla oído y siguió clavado en el banco, con la cabeza entre las manos, sin más muestras de vida que los frecuentes estremecimientos nerviosos que recorrían todo su cuerpo. Creyóle dormido el P. Bonnet, y separóle las manos del rostro: vió entonces su frente arrebatada, sus ojos brillantes y extraviadas, y palpó sus manos ardorosas.

—¿Qué es eso, hijo?...—¿Estás malo?... ¿Tienes calentura?...

—No.... no.... no tengo nada;—replicó el niño con forzada sonrisa.

Y arrancándose bauscamente de las manos del Padre, echó á correr hacia la clase.

Jamás hubo despertar tan alegre, como el que tuvieron all otro dia los colegiales de Guichon; tenía aquello algo de despertar de los pájaros cuando en una mañana de Mayo se lanzan del nido, al primer rayo de la aurora, y estalla su alegría, ruidosa, alborotada, comunicativa, derramándose por entre el follaje de los árboles como una cascada de alegres trinos, que llega hasta el fondo del alma y la conmueve, la arrastra y despierta en ella paz, gozo, consuelo y plácida gratitud hacia Dios. La alegre charanga del colegio susti-

tuyó aquel día á las severas campanadas, que arrancaban de ordinario á los alumnos de la profunda quietud del sueño de la infancia, para arrojarlos en los pequeños azares, inmensos para ellos, de la vida de estudiantes; cien vivas atronadores al P. Rector se unieron al punto á los acordes de la música, y la alegría desbordada, la vida bulliciosa que rebosaba en aquellos cuerpecitos inundó de repente dormitorios, pasillos, y el colegio entero, yendo á estrellarse á las puertas de la capilla, por una de esas rápidas mutaciones, increíbles en los niños, que prueban el poder inmenso de la disciplina, y la fuerza irresistible que en toda multitud ejerce la autoridad que sabe hacerse amar y respetar. Reinó allí un silencio profundo, oyóse Misa con devota compostura, y tomóse luego un parco desayuno; hubo entonces un momento de expectación general, de angustiosa perplejidad...

Apareció el P. Prefecto, el temido ejecutor de las solemnes justicias, y mandó salir de las filas á Tapón y á otros seis sentenciados. Pintóse la consternación en todas las caritas, y mientras pálidos y contritos se alineaban los reos á la izquierda, notóse en la multitud ese desasociado que precede siempre en ellas, á las resoluciones heroicas ó desesperadas. Un chiquillo regordete salió al cabo de las filas, colorado como un tomate, y acercándose al P. Rector que en aquel momento llegaba, díjole con heroica magnanimidad:

—¡Que vayan al campo esos...—Yo me quedo, si señor, yo me quedo por ellos.

Una exclamación de entusiasmo acogió la abnegación del héroe, y el Rector, extendiendo la mano con ademán imponente, dijo muy grave:

—Usted, señor abogado de causas perdidas, se irá al campo ahora mismo... y esos siete señores se quitarán al momento de mi vista.....

Aquí tornó el Rector á alzar la mano, como si fuese á descargar el rayo vengador de la justicia, y concluyó con tremenda severidad:

—...Yéndose al campo también.

La severidad del Rector se deshizo entonces en una alegre carcajada, y una gritería inmensa cogió la proclamación del indulto, mientras las gorras subían por lo alto en alas

del entusiasmo y los reos perdonados y el intercesor generoso, eran llevados en triunfo con cariñosa fraternidad.

Pusiéronse todos en marcha, á través de aquellos campos floridos, aquellas verdes praderas, bosques espesos y preciosas casitas rodeadas de jardines, que adornan todo el camino desde Guichon hasta el mar. Extendiase éste por detrás de Biarritz, estrellándose contra las rocas con furor inmenso, amenazador é imponente bajo aquel límpido azul y con aquel sosegado tiempo, como un gesto de terrible cólera en el rostro de una serena divinidad.

Más allá de la playa de los vascos, en una alta y escondida explanada que forman las rocas no lejos de cierta *villa* deliciosa, hizo alto la alegre turba, dispuesta á sentar allí sus reales para comer y sestear. La comida era sustanciosa y el apetito excelente, y sentados en el suelo en grupos de diez ó doce, comenzaron los chicos aquel festín delicioso, á que las brisas del mar prestaban su frescura, los rayos del sol sus resplandores, y la alegría de la infancia su graciosa locuacidad. Los inspectores les vigilaban yendo de un lado á otro, tomando parte en sus conversaciones, fomentando sus bromas y sus risas, y evitando con su presencia los excesos sin disminuir con ella la alegría y la expansión. En una de sus rondas, tropezóse el P. Bonnet con Paco Luján senta lo á la turca en uno de los grupos más numerosos; parecióle el niño preocupado y taciturno, y observó ante él su plato vacío, y puesta sobre la servilleta, su parte de pan intacta. Uno de sus compañeros, denunciólo al punto gritando:

—Padre...—Luján no come.....

Volvióse él rápidamente, y con forzada jovialidad contestó:

—¡Que no comó?...—¡Vaya si comó!... ¡Mira!.....

Y bebióse de un trago, sin resollar siquiera, un vaso lleno de vino hasta los bordes: mostróse desde entonces alegre, hablador y chancero, y levantándose de repente, comenzó á dar vueltas de un lado á otro, como si buscase algo. Había ya terminado la comida, llegaba á lo sumo la alegría, y los chiquillos, dispersos por todos lados, comenzaban á organizar diversas partidas de juego: en lo alto de una roca montado á caballo sobre uno de sus salientes, hallábase Tapón

muy afanado en mangas de camisa, armando con una caña abandonada y un largo bramante, un aparato de pesca. Acercósele Luján por detrás, y poniéndole una mano sobre el hombro, díjole con voz extraña:

—¡Tapón...—ven acá!...

Levantó éste los ojos, y á la vista de aquel pálido rostro y aquel torvo ceño, inmutóse mucho: saltó al punto la caña, tercióse al hombro en silencio la chaqueta, y levantóse dócilmente:

—Anda delante,—dijo Paco.

Arrancaba de allí un senderito abierto en la misma roca, que entre picos y grandes peñascos llegaba hasta la playa baja que azotaban las olas, y por allí comenzaron á bajar los niños, silenciosos ambos, sorprendido y azorado Alfonso, pálido el otro y torva la mirada, arrastrados los dos sin saberlo, por la desventura más digna de lástima que existe en la tierra: la que acarrearán al inocente los delitos del culpado.

Cuando llegaron á lo más hondo de la playa, donde los pequeños se erguan solitarios, y el ruido del mar ensordecía y espantaba, y ya no se escuchaba la algazara de los niños ni se descubría rastro alguno de hombres, volvióse Tapón lleno de zozobra y miró á su compañero tímidamente; mas éste, empujándole hacia delante, le dijo:

—¡Anda!...—¿Tienes miedo?...

Terminaba el senderito que seguían en una reducida explanada, rodeada por todas partes de rocas, que la pleamar cubría por completo, y salpicaban entonces las olas con blancos espumarajos, dejando al retirarse, en el declive, una pequeña hondonada, una especie de pozo lleno de agua que cubriría á ambos niños hasta la cintura. Pegóse Tapón á la roca más lejana, que le cortaba la salida, volviéndose de nuevo muy pálido y asustado, y con el ansia mortal de la zozobra, con la desfallecida voz del miedo, dijo muy bajo:

—¿Qué quieres?

Y el otro, dando entonces rienda suelta á la rabia que le ahogaba, al rencor contra el padre de aquel inocente, fuera ya de su alcance, que por tantos años había fomentado en el fondo del pecho, con la paciencia con que se afila la hoja de un cuchillo, gritó con voz terrible, sacudiéndole con una

mano por un brazo, poniéndole el puño cerrado de la otra junto al rostro mismo:

—¿Qué quiero?...—¡Matarte es lo que quiero!... Romperte el alma... Tirarte al agua; que uno de los dos no vuelva al colegio...

Y sacando del bolsillo el funesto papel arrancado á la mosca el día antes, púsolo ante los ojos de Tapón, dilatados por espanto, y tornó á gritarle lívido de ira:

—¿Conoces esto?...

El niño fijó un momento los ojos en aquel papel desconocido á que la mano que lo sostenía comunicaba temblores de rabia, y el pudor de su alma inocente tuvo fuerzas para colorear en sus mejillas por un momento, la azulada palidez del espanto. Movi6 la cabecita y cerró los ojos, apartándolos.

—Eso es malo,—dijo... es pecado....

—¿Pecado y tú lo has escrito?—bramó el otro en el paroxismo de la rabia.

Y de una terrible bofetada arroj6le al suelo cuándo largo era, y lanzóse luego sobre él, dando ronc0s gritos de furor, vomitando contra el padre y la madre y el niño mismo, horrendos insultos, que parecían incharle la garganta como si no hubiera en ella espacio bastante para arrojarlos, dándole puñadas, pateándole todo el cuerpo, mesándole los cabellos y sacudiéndole la cabeza contra las rocas, hasta que rendido y jadeante, vióse de improviso las manos llenas de sangre... Ent6nces dió un paso atrás, pálido y descompuesto, y sucedióle al punto, en un segundo, lo que sucede á todos los corazones generosos cuando pasa en ellos el vértigo horrible de la venganza, y ven ya á su víctima indefensa y aniquilada, tendida á sus piés: una gran piedad hacia aquel pobre niño, en quien había querido él, sin conseguirlo del todo, acumular el odio inmenso que profesaba á su padre, invadió su pecho y despertó su corazón, y con voz queda, enternecida casi, alargóle su propio pañuelo, diciendo:

—Tapón...—tienes sangre...

El niño procuraba incorporarse exhalando ayes lastimeros, repitiendo siempre con acento de verdad profusa:—¿Yo no he sido!... ¿Yo no he sido!--Y con desgarradora ex-

presión de pena, como si le dolieran más en el alma, que sus heridas le dolían en el cuerpo, los insultos que había oído contra su padre y su madre, repetía lastimeramente:

—Mi padre ha muerto....—Yo no le conocí.... Pero mi mamá es santa, santa.... ¡Sabes tú?... ¡Santa!..

Paco Luján sintió que el corazón entero se le derretía en lágrimas, y acudió á sostener al niño, que parecía próximo á desfallecer; tenía una herida en la frente, y manaba de ella sangre en abundancia, que corría por su rostro y teñía ya su camisa. Ayudóle á levantar, sosteniéndole por debajo de los brazos, y arrastróle suavemente para levantarle la herida, hacia el pozo que la marea baja dejaba al descubierto, colocado al pie de una roca, en la orilla misma del mar. El niño se dejaba conducir con entera confianza, apoyando la livida cabecita, blanca cual un jazmín cortado á la mañana, en el hombro de Paco. Notó entonces éste que había olvidado el pañuelo allá arriba, en el sitio del combate, y volvió corriendo en su busca; el niño mientras tanto, desasosegado y sin tino, sintiendo tras aquella conmoción tan ruda la natural congoja del vómito, inclinóse demasiado sobre la roca, y cayó rodando hasta el mar.... Una ola inmensa que reventaba en aquel momento en la playa, asíóle con sus mil garras de espuma, y en su tremenda resaca, arrebatóle hacia dentro.

Luján lanzó un alarido horrible, incomprensible en el aparato eufónico de un niño, y se quedó con el pelo erizado y los brazos rígidos y extendidos hacia aquella ola inmensa que barría del mundo á un inocente, cumpliendo una tremenda justicia de Dios.

Su estupor horrendo duró solo un minuto.... Sabía él nadar.... y lo sacaría, sí, lo sacaría aunque tuviera que bajar á lo profundo, aunque tuviera que hacer trizas la cabeza contra los escollos del fondo, y luchar allí á brazo partido con el terror y la muerte.... Y se arrancaba las ropas, y las tiraba á su paso, y trepaba por las peñas lanzando gritos, dejando en ellas sin sentirlo, pedazos de la piel de sus piernas desnudas, de su pecho jadeante y comprimido por la espantosa presión del horror.... Llegó á la roca más alta, la más saliente é inclinada hacia el abismo, y agarrando á la punta, ras-

gándose el pecho contra las asperezas de la peña, tendió los ojos fuera de las órbitas por aquella extensión inmensa, buscando una señal, un punto negro, un ligero estremecimiento en la superficie del agua.... ¡Nada!... ¡nada más que aquellas olas tan azules y tan bellas á pesar de catástrofe tan horrenda, aquel cielo tan puro y tan radiante, á pesar de horror tan profundo!...

—¡Jesucristo!... ¡Virgen Santísima!... ¡Qué salga, que perezca!... ¡Madre de afligidos!... te doy mi vida en cambio!... ¡Si yo no le odio, si le quiero, si le amo... si amo á su padre mismo!... ¡Señor mio Jesucristo, perdón... me pesa!... Si él era bueno... La mala era mi madre... ella... ella..

Se levantó rígido, tieso como un muerto, pareciendo que se alargaba su estatura hasta crecer la mitad.. Allí.. allí.. allá lejos, á veinte brazas de aquella roca, se agitaba el agua un poco, se formaba un remolino, aparecía un punto negro... Sí, sí, no había duda... ¡Jesucristo!... ¡Una manita crispada, que se alza pidiendo socorro!...

Y como una exhalación describió un arco en el aire y se hundió en el mar la otra víctima, lanzando un grito de piedad que halló su memoria en lo más profundo de los recuerdos de su infancia, y puso la Reina de los ángeles en sus labios, como una prenda de perdón, en aquella hora suprema:

¡Virgen del Recuerdo dolorida!
¿Te acordarás de mí?

Viósele nadar veinte brazas con la enérgica desesperación de la agonía, hundirse una vez, aparecer otra, tornar otra vez á hundirse, salir á flote de nuevo, no una, sino dos cabezas, pegadas, juntas, rubia la una, negra la otra, y sumergirse otra vez las dos formando un ligero vértice, unas suaves espumas, borrosas, imperceptibles en aquel mar inmenso, ilimitado, roto tan sólo en el lejano horizonte, por una velita blanca que se divisaba á lo lejos....

Al día siguiente, unos pescadores de Guetary encontraron atravesados en una roca los cadáveres de los niños, abrazados estrechamente áun después de la muerte... En las ansias y rudo combate de aquella agonía tremenda, el escapulario de uno había pasado también al cuello del otro, y

descansaba, como una contraseña del cielo, sobre los pechos de ambos.

Jamás se supo á cuál de los dos había pertenecido en vida, la santa enseña. Era el escapulario de la Virgen del Recuerdo...

FIN DEL LIBRO CUARTO.

EPILOGO.

La campana del santuario de Loyola había tocado ya el último toque de Misa, y el Hermano portero luchaba á brazo parado en la misma puerta, con una de esas beatas pegajosas, ávidas siempre de santa curiosidad, propaladoras incansables de nuevas místicas, que creen asegurar el triunfo de la Iglesia y la extirpación de las herejías, propagando entre fieles é infieles que el Padre A, estornudó dos veces seguidas, ó que al Padre B, se le descosió la borlita del solideo.

Una señora enlutada salió entonces de la vecina Hospedería, atravesó lentamente el prado, y subió las escaleras que llevan al santuario. Era una mujer alta, joven aún, que parecía agobiada por el peso de una de esas inmensas desventuras que inclinan el cuerpo á la tierra, como buscando en ella el consuelo y la paz. El negro crespón que sombreaba su frente sin ocultarla del todo, dejaba ver unos ojos rojos en que ya había lágrimas, un rostro marchito, óvalo perfecto en que se veía, por decirlo así, incrustada una conmovedora expresión de dolor eterno.

Al pasar ante el Hermano, saludóla este con muestras de gran respeto, y la beata, ansiosa siempre de noticias, preguntóle su nombre.

—La Marquesa de Sabadell,—contestó el Hermano.

La beata dejó escapar una exclamación de asombro, y con cierta compasiva admiración siguió á la dama con la vista, hasta verla desaparecer por la gótica puerta del antiguo solar de Loyola.

Un cochecillo desvencijado, tirado por dos flacos rocines